menudo. Despidióse, y quedámonos tratando de cosas pasadas, y como para las venideras nos venia tan á buen propósito aquel favor, con quien seríamos tenidos y temidos. Yo lo visité algunas veces, y uno de los dias que iba mas descuidado de cosa que me lo pudiera dar, me dijo: que pues él estaba vivo, ¿porqué no queria con su calor tratar de alguna comision, que me fuese honrosa y provechosa? Respondíle, que le besaba las manos por merced semejante, mas que por no cansarlo, no habiéndole en algo servido, no trataba de ello. Entonces vendiéndome las amistades de mis padres (aunque mas era por ganar la de mi mujer), me ofreció una comision, diciendo que me seria muy provechosa. Díle por ello las gracias, que fueron principio de todas mis desgracias, porque dentro de dos dias me puso los papeles en la mano, con órden que fuese á hacer cierta cobranza por el consejo de hacienda, la cual sacó (pidiéndolo para mí) de un su gran amigo, que asistia en aquel tribunal, diciendo serlo yo mucho suyo, y persona benemérita, digna de cosas muy graves, cual se veria por la buena satisfaccion que daria de mi persona y negocios. Cuando la tuve despachada, salí de mi casa bien contra toda mi voluntad, porque llevaba ochocientos maravedís de salario; y para quien como yo estaba tan mal acostumbrado á buena mesa, no tenia para comenzar á comer con ellos, cuanto mas para poder ahorrar que traer ó enviar á mi casa, empero érame ya forzoso hacerlo; callé, y tomélo, por excusar mayores daños. Partíme y perdíme, porque le pareció al señor que con mercedes ajenas habia de ganar esclavos que le sirviesen, y que de aquellos ochocientos maravedís pudiera repartir con mi mujer, sustentándose ambas casas, y aquello nos bastaba por paga, con que no solo habia de ser franco de pecho y de todo derecho, empero que no se habia de mirar al sol ni recibir visitas mas de la suya. Quiso ser tan juez de mis cosas y apretarlas tanto, que morian de hambre, y se iban cada dia vendiendo las alhajas para sustento. No le pareció buena cuenta, ni aun razonable á mi huéspeda ser mucha la sujecion, y poca la provision. Comenzó á rozarse la primera, tambien falseaba la tercera, que era una su muy grande amiga, porque pensó sacar de este mercado muy buenas ferias, y cuando el señor sintió la mala consonancia, pareciéndole que con mi presencia se remediaria todo, hizo que no se me diesen mas prorogaciones, y que me mandasen venir á dar cuenta de lo hecho. Hiciéronlo, y volví muy de mejor gana de la con que fuí, porque volví empeñado, y hallé mi casa gastada. Él creyó que mi presencia fuera parte para el remedio de su gusto, y salióle al revés, porque con mi presencia creció el gasto, y la libertad para poderlo hacer. Hallóse rematado, sin saber como mejor negociar, y pareciéndole que ninguna cosa ya haria tanto al caso como el rigor, para cogernos por cerca cruzadas las manos, y con lágrimas

le fuésemos á pedir misericordia, trató con sus compañeros de hacernos desterrar, y así nos lo notificaron. Yo hice mi cuenta; este señor lo pretende ser tanto, que quiere que yo le sustente la casa y el gusto, vendiendo lo que con muchas afrentas y trabajos he adquirido, pues quedar no puedo si me falta la libertad con que ganarlo, menos malo será obedecer, que aunque para nosotros es duro, para él será doloroso; si nos quebramos un ojo, le sacamos á él dos, pues le falta la cuenta que hizo, y le sale al revés el pensamiento. Demás de esto, al fin de aquel año se cumplian los diez en que habia de pagar á mis acreedores, vínome todo á cuenta. Ya yo sabia estar mi madre viva, hice alquilar un coche para nuestras personas, y dos carros para llevar la hacienda y gente, dejando la corte y cortesanos, pareciéndonos de mas importancia los peruleros, calladamente me vine á Sevilla.

CAPÍTULO VI.

Llegan á Sevilla Guzman de Alfarache y su mujer; halla Guzman á su madre ya muy vieja; vase su mujer á Italia con un capitan de galera, dejándole solo y pobre; vuelve á hurtar como solia.

Como los que se escapan de algun grave peligro, que pensando en él siempre aun les parece no verse libres, me acuerdo muchas mas veces (y nunca se me olvida) mi mala vida, y mas la del discurso pasado, el mal estado, poca honra, falta de respeto que tuve á Dios todo aquel tiempo que seguí tan malos pasos, admirándome de mí que fuese tan bruto, y mas que el mayor de los hombres, pues ninguno de todos los criados en la tierra permitieron lo que yo, haciendo caudal de la torpeza de mi mujer, poniéndola en la ocasion, dándola tácita licencia, y aun expresamente mandándole ser mala, pues le pedia la comida, el vestido y sustento de la casa, estándome yo holgando y lominhiesto. Terrible caso es, y que pensase yo de mí ser hombre de bien, ó que tenia honra, estando tan lejos de ella, y falto del verdadero bien. ¡Que por tener para jugar seis escudos, quisiese manchar los de mis armas y nobleza, perdiendo lo mas dificultoso de ganar, que es la honra y la opinion! ¡Que profanando un tan santo sacramento usase de él de manera que habiendo de ser el medio para mi salvacion lo hiciese camino del infierno, por solo tener una sola desventurada comida, ó por un triste vestido! ¡Que me pusiese á peligro que á espalda vuelta, y aun rostro á rostro, me lo pudiesen dar por afrenta, obligándome á perder por ello la vida!

Que un hombre no pueda mas, que lo sepa y disimule, ó por el mucho amor, ó por el mucho dolor, ó por no dar otra campanada mayor, no me admira, y no solamente pudiera no ser esto vicio, mas virtud y mérito, no consintiéndolo, ni dando favor ó entrada para ello; mas que como yo no solo gustaba de ello, mas que si necesario era, les echaba como dicen la capa encima, no sé si estaba ciego, si loco, si hechizado, pues no lo consideraba, ó cómo si lo consideré, no le puse remedio, antes lo favorecia. ¡O loco, loco, mil veces loco! ¡qué poco se me daba de todo, sin reparar en lo mal que se compadecian honra y mujer guitarrera, ni que diese solas á otros que á mí con ella! Suelen los hombres para obligar á sus damas darles músicas, y cantarles en las calles, pero mi mujer enamoraba los hombres, yéndoles á tañer y á cantar á sus casas. Bien claro está de ver, que tales gracias de suyo son apetecibles; pues ¿cómo convidando con ellas no me las habian de codiciar? ¿Qué juicio tiene un hombre que á ladrones descubre sus tesoros? ¿con qué descuido duerme, ó cómo puede nunca reposar sin temor que no se los hurten? ¡Que fuese yo tan ignorante, que ya que pasaba por semejante flaqueza, viniese por interés á dar en otra mayor, loar en las conversaciones en presencia de aquellos que pretendian ser galanes de mi esposa, las prendas y partes buenas que tenia, pidiéndole y aun mandándole que descubriese algunas cosas ilícitas, pechos, brazos, piés, y aun, y aun (quiero callar que me corro de imaginarlo), para que viesen si era gruesa ó delgada, blanca, morena ó roja! ¡Que ya todo anduviese de rompido, que aquello que en otro tiempo abominaba, con el uso y frecuentacion se me hiciese fácil, y entretenimiento! ¡Que le consintiese visitas, y aun se las trajese á casa, y dejándolas en ella me volviese á ir fuera, y sobre todo quisiese hacerlos tontos á todos, para que me diesen á entender que creian ser aquello bueno y lícito, siendo depravado y malo! ¡Que la hiciese salir á solicitar comisiones, y buscarme ocupaciones á casa de personajes que la codiciaban, y que me diese por desentendido de la infamia con que á su casa volvia con ellas ó sin ellas! ¡Que dándole tantos banquetes, joyas, dineros y vestidos, quisiera yo creyesen se los daban á humo muerto, y por sus ojos vellidos, por amistad sola, sencilla, sin doblez, y sin otra pretension! ¡Qué puedo responderme, ó qué se podia esperar de mí, que no solo lo consentia, mas juntamente lo causaba? Tuvo mucha razon el que viéndome algo medrado en Madrid, en la cárcel y en mi presencia, dijo: Veisme á mí aquí, que ha tres años que estoy preso por ladron, por falsario, por adúltero, por maldiciente, por matador, y otras mil causas que me tienen acumuladas, que con todas ellas muero de hambre, y el señor Guzman, con solo dar á su mujer una poca de licencia, vive libre, descansado y rico. ¿Qué podreis creer que sentí? ¡O maldita riqueza, maldito descanso, maldita

libertad, y maldito sea el dia que tal consentí, ya fuese por amor, por necesidad, por privanza, ó algun otro interés! Mas para que se conozca el paradero que tiene lo que así se granjea, y el desdichado fin de tales gustos, contaré mis desdichas, discurso de mi amarga vida, y en mi mal empleada.

Caminábamos á Sevilla como dicen, al paso del buey, con mucho despacio, porque se le mareaba en el coche una falderilla que llevaba mi mujer, en quien tenia puesta su felicidad, y era todo su regalo, que es cosa muy esencial y propia en una dama uno de estos perritos, y así podrian pasar sin ellos como *un médico sin guantes y sortija, un boticario sin ajedrez, un barbero sin guitarra, y un molinero sin rabelico.* Cuando allá llegamos con el deseo de aquellos peruleros, y de ver nuestra casa hecha otra de la contratacion de las Indias, barras van, barras vienen, que pudiera toda fabricarla de plata, y solarla con oro, ya me parecia verlos entrar asobarcados con barras, las faltriqueras descosidas con el peso de los escudos y reales, todo para ofrecer al ídolo: con aquello me vengaba del que nos enviaba desterrados, y entre mí le decia: ¡O traidor, que por donde me pensaste clavar, te dejé burlado! A tierra voy de Jauja, donde todo abunda, y las calles están cubiertas de plata, donde luego que llegue, nos vendrán á recibir con palio, y mandaremos la tierra. Con estos y otros tales pensamientos, al emparejar con san Lázaro, se me refrescó en la memoria cuanto allí me pasó cuando de Sevilla salí; vi la fuente donde bebí, los poyos en que me quedé dormido, las gradas por donde bajé y subí, vi su santo templo, y desde acá fuera, dije: ¡Ah, glorioso santo! cuando de vos me despedí, salí con lágrimas, á pié, pobre, solo y niño; ya vuelvo á veros, y me veis rico, acompañado, alegre, y hombre casado. Representóseme de aquel principio todo el discurso de mi vida hasta en aquel mismo punto; acordéme de la ventera y venta donde me dieron aquella buena tortilla de huevos, y el machuelo de Cantillana, mas ya lo habia dejado á la mano derecha; entré por aquella calzada real, dimos vuelta por el campo, cercando la ciudad hasta el meson de los Carros, donde por fuerza los mios habian de parar, y como todos aquellos eran pasos muchas veces andados en mi niñez, y tierra conocida, donde recibí el ser, alegróseme la sangre, como si á mi madre misma viera. Reposamos allí aquella noche muy bien, mas á la mañana me levanté con el sol para buscar posada y despachar mi ropa de la aduana, y tambien á procurar si por ventura hallase á quien de mi madre nos dijese; mas por buena diligencia que hice, no fué de provecho, ni de ella hallé rastro; creí hallarlo todo como lo habia dejado, mas aun sombra ni memoria de ello habia, que unos mudados, ausentes otros, y los mas muertos, no habia piedra sobre piedra. Dejélo hasta mas de propósito, por la priesa que tenia entonces de acomodarme, y andando buscando adonde,

vi una cédula sobre la puerta de una casa en los barrios de San Bartolomé; hice que me la enseñasen, vila, y parecióme buena por entonces, concertéla por meses, y pagando aquel adelantado, hice pasar á ella toda mi ropa. Descansamos dos dias comiendo y durmiendo, hasta que ya le pareció á Gracia que no era justo haber llegado á ciudad tan ilustre, de tanta fama por todo el mundo, y dejar de salir á pasearla. Fuíme á Gradas, concertéle un escudero de quien se acompañase, porque supiese andar las calles, y fuese adonde mas gustase sin rodear ó perderse ni andar preguntando, y en mas de quince dias no dobló el manto, que mañana y tarde siempre salia, y nunca se cansaba, ni hartaba de ver tantas grandezas, porque aunque se habia hallado bien todo el tiempo que residió en Madrid, y le parecia que hacia la corte ventajas á todo el mundo, con aquella majestad, grandezas de señores, trato gallardo, discrecion general, y libertad sin segundo, hallaba en Sevilla un olor de ciudad, un otro no sé qué, otras grandezas, aunque no en calidad por faltar allí reyes, tantos grandes y titulados, á lo menos en cantidad, porque habia grandísima suma de riquezas, y muy en menos estimadas, pues corria la plata en el trato de la gente como el cobre por otras partes, y con poca estimacion la dispensaban francamente. A pocos dias llegó la cuaresma, y vió la semana santa de la manera que allí la celebran, las limosnas que se hacen, la cera que se gasta; quedó pasmada y como fuera de sí, no pareciéndole que aquello pudiera ser, y exceder mucho en las obras á lo que antes le habian dicho con palabras. Ya en este tiempo, y pocos dias despues que á la ciudad llegué, con mucha solicitud, por señas y rodeos, vine á saber de mi madre, y se pudo decir haberla hallado por el rastro de la sangre; pues tratando mi mujer con otras amigas damas y hermosas, preguntando por ella, vino á saber como asistia en compañía de una hermosa moza, de quien se sospechaba ser madre, por el buen tratamiento que le hacia y respeto con que la trataba; mas verdaderamente no lo era, ni tuvo mas que á mí. Lo que acerca de esto hubo, solo fué, que como se viese sola, pobre, y que ya entraba en edad, crió aquella muchacha para su servicio, y salióle acaso de provecho, y así se valian las dos como mejor podian. Yo cuando supe de ella hice mucha instancia para traerla conmigo, por la mala gana con que dejaba su mozuela, tanto por haberla criado, cuanto por no venir á manos de nuera, y siempre que se lo rogaba, me respondia, que *dos tocas en un fuego, nunca encienden lumbre á derechas*. Que no era tanto el dolor que con la soledad padecia uno solo, cuanto la pena que recibe quien tiene compañía contra su gusto; y pues *nunca nuera se llevó á derechas con su suegra*, que mejor pasaria mi mujer sola conmigo que con ella, mas el amor de hijo pudo tanto que la hice venir en mi deseo. Era mi madre, deseábala regalar, y darle algun descanso; que aunque siempre se me representaba con aquella hermosura y frescura de rostro con que la dejé cuando de ella me fuí, ya estaba tal, que con dificultad la conocieran. Halléla flaca, vieja, sin dientes, arrugada, y muy otra en su parecer. Consideraba en ella lo que los años estragan; volvia los ojos á mi mujer, y decia: Lo mismo será de esta dentro de breves dias; y cuando alguna mujer escape de la fealdad que causa la vejez, á lo menos habrá de caer por fuerza en la de la muerte. De mí figuraba lo mismo, empero en estas y otras muchas y buenas consideraciones que siempre me ocurrian, hacia como el que se detiene á beber en alguna venta, que luego suelta la taza y pasa su camino. Poco me duraban, túvelas en pié siempre, nunca les dí asiento en que reposasen, porque las que habia en la posada, estaban ocupadas de la sensualidad y apetito. A instancia mia se vinieron á juntar suegra y nuera; mi madre ya la conocistes, y sino de vista, por sus famosas obras, pudiéraseles sujetar cualquiera otra de muy gallardo entendimiento, así por serlo el suyo, como por la doctrina con que fué criada, y sobre todo las experiencias largas de sus largos años. Dábale buenos consejos, que no admitiese mocitos de barrio, que demás de infamar decia de ellos, que son *como el agua de por San Juan, quitan el provecho, y ellos no lo dan*. Acaban en sus casas de comer, no tienen que hacer, viénense á la nuestra, quieren que los entretengan en buena conversacion, estanse allí toda la tarde, *tres necios de plata y un majadero en menudos*, no con mas fundamento que ser del barrio. De pajes de palacio y estudiantes decia lo mismo, son como cuervos que huelen la carne de lejos, y de otra cosa no valen, que para picar y pasearla. Decíale que hiciese cruces á su puerta para los casados, que de ningun enemigo podria resultarle algun otro mayor daño, porque las mujeres con el celo hacen muchos desconciertos, y cuando mas no pueden se van á un juez, y con cuatro lágrimas y dos pucheritos alborotan el pueblo y descomponen el crédito. Tan ajustada la tenia, y tales lecciones le daba, como aquella que del vientre de su madre nació enseñada. Sacábala siempre tras de sí, no dejando estacion por andar, fiesta por ver, ni calle por pasear. Cuando venian á casa, unas veces volvian con amadicitos, otras con alanos, y de ellos escogian los que mas á mi madre le parecian de provecho, que como tan baquiana en la tierra, todo lo conocia, y como sabia todo lo trascendia. Decia de los caballeritos, que ni por lumbre, porque por el yo me lo valgo, mi alcorzado y copete, mi lindeza lo merece, aun creian que les habian de convidar con ello y hacerles una reverencia. Harto hizo y trabajó porque no la conociesen los de la plaza de San Francisco, temiéndose de su trato; pues en comenzando los escribanos de la justicia, no paraban hasta el que asiste al cajon, á quien les parecia debérseles todo de derecho; empero no pudieron escaparse de ellos, que por bien ó por mal, por fieros y amenazas, como absolutos y disolutos

(digo algunos) hacen mas tiranías que Totila[1] ni Dionisio[2], como si no hubiese Dios para ellos. La flota no venia, la ciudad estaba muy apretada, cerradas las bolsas, y nosotros abiertas las bocas, muriendo de hambre, vendiendo y comiendo, y sobre todo pechando, íbanos mal, porque aun con esto á cada repelon destocaban la muchacha, por cada niñería nos hacian mil fieros, no habia pícaro que no se nos atreviese, unos con mi señor don fulano, y otros con don zutano. Mi mujer andaba temerosa y muy cansada de tanta suegra, porque como conmigo estuvo siempre con tanta libertad, y se hallaba con ella sujeta, sin ser señora de su voluntad, si la una hablaba, la otra rezongaba, de cada pulga fabricaban un pueblo, levantábase tal tormenta, que, por no volverme á ninguna de las partes, tomaba la capa en viendo los delfines encima del agua, salíame huyendo á la calle, y dejábalas asidas de las tocas. Tanto se indignaba mi mujer que no volviese por ella, pareciéndole, que *á tuerto ó á derecho ayude Dios á los nuestros*, que con razon ó sin ella me habia de poner contra mi madre, mas no era lícito. Fuéme cobrando tal odio, aborreciéndome tanto, que hallándose con la ocasion de cierto capitan de las galeras de Nápoles que allí estaban, trocó mi amor por el suyo, y recogiendo todo el dinero, joyas de oro y plata con que nos hallábamos entonces, alzó velas, y fuése á Italia, sin que mas de ella supiese por entonces. Yo habia oido decir que aquel era verdaderamente loco que buscaba su mujer habiéndosele ido, ó que al enemigo se le habia de *hacer la puente de plata* por donde huyese; parecióme que solo me iria mejor que mal acompañado, que aunque sea verdad, que todo lo consentia, y de ello comia, ya me cansaba, porque cada cual me acosaba. Ved la fuerza del uso, como siempre me crié sujeto á bajezas, y estuve acostumbrado á oir afrentas niño y mozo, tambien se me hacian fáciles de llevar cuando era hombre. Mi mujer se fué, merced me hizo, porque fuera de la obligacion de consentirla, estaba libre del pecado cotidiano; yo no la eché, por su gusto se ausentó; seguirla era imposible por el riesgo que corria si á Italia volviera. Recogíme con mi madre, fuimos vendiendo para comer las alhajas que nos quedaron; mas como nos quedaron mas dias que alhajas, al cabo de poco nos dieron alcance, san Juan y Corpus Christi cayeron para mí en un dia; faltó que vender, dinero con que comprar, halléme roto sin que me vestir, ni otro remedio con que lo ganar, sino con el antiguo mio. Salíame las noches por esas encrucijadas, y cuando á mi casa volvia venia cubierto con dos ó tres capas, las que con me-

[1] Rey de los Godos en Italia, que habiendo saqueado á Roma, redujo á las personas de calidad á tal miseria, que las señoras romanas se veian precisadas á mendigar su sustento á las puertas de los Godos.

[2] Tirano de Siracusa, famoso por sus vicios y crueldades.

nos alboroto y riesgo podia cautivar; á la mañana, ya entre los dos amanecian hechas ropillas; dábamoslas á vender en gradas, ó buscábamos modo como mejor salir de ellas. No le contentó este trato á mi madre, por no haberlo jamás usado, y por no verse afrentada en su vejez; así acordó de volverse á su tienda con la mozuela que antes tenia, la cual así se alegró cuando la vió en su casa, como si por sus puertas entrara todo su remedio. Yo me acomodé con otros camaradas para pasar la vida en cuanto se llegase otro mejor tiempo; servíales de dar trazas, ayudábales con mi persona en las ocasiones, íbamos por las aldeas y pueblos comarcanos, nunca faltaban por los trascorrales algunas coladas, que con las canastas mismas trasponíamos en los aires. Teníamos en los arrabales y en Triana casas conocidas adonde sin entrar en la ciudad hacíamos alto, y despues poco á poco, lavado y enjuto, lo íbamos metiendo, ya por las puertas ó por cima de los muros, despues de media noche cuando la justicia estaba retirada. Para los vestidos de paño y seda que regateábamos teníamos roperos conocidos á quien lo dábamos de buen precio, sin que perdiésemos blanca del costo, y una vez entregados, ya sabian bien que aquellos eran bienes castrenses ganados en buena guerra, y que los habian de disfrazar para que nunca fuesen conocidos, ó su daño; que no teníamos mas obligacion que darles la mercadería enjuta y bien acondicionada, puesta las puertas adentro de sus casas, libre de aduana y todos derechos, y allá se lo hubiesen. La ropa blanca tenia buena salida, por la buena comodidad que se ofrecia por las noches en el baratillo; ganábase de comer honrosamente, y de todo salíamos bien. Una temporada del invierno fueron las aguas tan continuas, que nadie salia de su casa, ni daban lugar á que se la visitásemos, andábamos estrechos de dinero, y como, pasando por una calle, viese que se habia caido toda la delantera de una casa, pregunté cuya era; dijéronme ser de una señora viuda; fuí á su casa, y díjele, que pues allí no habia morador, me diese licencia para entrarme dentro, y se la guardaria. Ella, temerosa de que no se me cayese toda encima, me dijo, que mirase bien lo que hacia, porque se venia por el suelo, y respondíle que no importaba, porque allí habia un aposento alto seguro, en que poderme recoger; que los pobres no tenian que temer ni que perder, pues aun traen sobrada la vida. Dióme licencia de muy buena gana, y dentro de cuatro dias ya no le habia dejado por quitar puerta ni cerradura; otro dia me fuí á la plaza de San Salvador, é hice pregonar, que quien quisiese comprar cuatro mil ó cinco mil tejas, que yo se las venderia. No se hallaba entonces una por ningun precio; vinieron á mí desalados tres ó cuatro albañiles, y á cual primero las habia de comprar, no faltó sino acuchillarse. Concertélas á cinco maravedís, y llevándolos á mi casa les enseñé los tejados, diciendo ser yo el mayordomo, y que mi ama queria hacer la casa

de terrados. A vueltas de los mios, tambien les señalé algunos de los vecinos paredaños, de donde las habian de quitar, diéronme seiscientos reales á buena cuenta de lo que montasen hasta cinco mil, y quedaron de venir por ellas otro dia. Cuando tuve mi dinero cobrado, fuíme á la señora de la casa, y díjele, que ¿porqué consentia tan grande lástima, que su mayordomo habia vendido ya las tejas de los tejados? Ella se alborotó, diciendo que no tenia mayordomo, ni sabia quien tal pudiese haber hecho. Yo entonces le dije: Pues para que vuestra merced vea quien lo hace, ya me han mandado salir de ella, y hoy me mudo á otra parte, porque mañana por la mañana vendrán á quitar y llevar las tejas; mande vuestra merced enviar ó ir allá, y verán lo que pasa. Con esto me despedí de ella, y otro dia desde lejos, puesto á una esquina, me puse á ver el alboroto, que fué muy para ver, los unos á destejar, la buena señora por defender su hacienda; en resolucion, dió querella del albañil pobre, y no solo no quitó las tejas, empero le pagó las puertas. Con esto pasé algunos dias encerrado en casa con muy gentil brasero, hasta que ya no me buscaban, pasado aquel primero movimiento. Hacíase un dia en San Agustin una fiesta, y como las tales lo eran para nosotros, acudí á ella, y sentíle á un hidalgo bulto de dineros en la faltriquera, debajo de la espada, y al pasar por un paso estrecho, levantésele un poco, y metiendo la garra, díle tumbo en ella, sin que real se me escapase; mas la inquietud me impedia poder sacar la mano llena, que venia colmada, y fué forzoso caérseme mucha parte de ellos en el suelo. Pues como estaba ladrillado el claustro, é hiciesen al caer mucho ruido, dejélos caer todos, y metiendo la mano en mi faltriquera, allí en un punto saqué de ella un lienzo, y dando voces á la gente que se desviase, porque por sacar aquel lienzo se me habia derramado aquel dinero, todos hicieron lugar; y el buen señor á quien se los habia robado, movido de caridad, oyendo mis lástimas, que decia irlos á pagar á un mercader, se bajó conmigo al suelo y me los ayudó á recoger, sin que faltase blanca. Díle las gracias por ello, y fuíme muy contento á mi casa. *De aquí le nació el pico al garbanzo*; este hurtillo fué mi perdicion, siendo el último que hice, y el que mas caro de todos me costó; porque aunque algunas veces me habian tenido preso por semejantes heridas, de todas habia salido á buen puerto, con dineros negociaba cuanto queria, y allí no se trata de otra cosa, sino de buscar de comer cada uno, mas esta vez no me valieron triunfos, que los habia ya renunciado. Como me vi con dineros, quise prevenir, primero que se gastase, de donde valerme de otros, porque siempre que con mi habilidad podia socorrer la necesidad, no buscaba pesadumbres. Yo me hallaba con algunos bolsos de los que habia cortado, y algunas piececillas que dentro de ellos habia cogido; dí á guarnecer uno, el mejor que me pareció, y metiéndole dentro seis escudos en tres

doblones de oro, cincuenta reales en plata, un dedal de plata y cuatro sortijas, lo llevé á mi madre, y se lo enseñé muy despacio, y aun se lo dí por escrito que lo fuese decorando sin que se le pudiese olvidar letra, por lo que importaba la buena memoria. Y bien instruida en lo que despues habia de hacer, me fuí á la celda de cierto famoso predicador en opinion de un santo, y díjele: Padre mio, soy un pobre forastero, vine á esta ciudad, y estoy en ella muy necesitado; deseo de acomodarme si hallase alguna casa honrada, donde tuviese una poca de quietud en el alma, que solo eso pretendo, y no repararia en el salario, porque con un honesto vestido y una limitada comida para poder pasar, no tengo ni quiero mas granjería. Y aunque me veo tan afligido y roto, que por mal vestido no hallaré quien de mí se quiera servir, y pudiera muy bien valerme socorriendo mi necesidad en esta ocasion, tengo por mejor padecerla, esperando en el Señor, que condenar mi alma ofendiendo á su divina Majestad en usurpar á nadie su hacienda. No permita el Señor que bienes ajenos me saquen de trabajos corporales, dejándome dañada la conciencia. Yo salí esta mañana de mi casa, para ir á buscar donde trabajar con que comprar un pan que comer, y me hallé aquesta bolsa en medio de la calle; quise ver lo que tenia dentro, y cuando sentí ser dineros, la volví á cerrar con temor de mi flaqueza, no me obligase á hacer cosa ilícita. Vuestra paternidad la reciba, y, pues el domingo ha de predicar, la publique. Podria ser que pareciese su dueño, y tener de ella mas necesidad que yo; ayúdele Dios con ella, que no quiero mas bienes de aquellos con que su divina Majestad mejor ha de ser de mí servido. El fraile, cuando me oyó y vió tan heróica hazaña, creyó de mí ser algun santo; solo le faltó besarme la ropa, y con palabras del cielo me dijo: Hermano mio, dadle á Dios muchas gracias que os ha dado claro entendimiento y ciencia de lo poco que valen los bienes de la tierra, confiad que quien os ha comunicado ese tal espíritu, tambien os dará lo que le cuesta menos, y tiene dada su palabra. El que á los gusanillos, á las mas desventuradas y tristes gusarapas y sabandijuelas no falta, tambien os acudirá con todo aquello de que os viere necesitado. Esta es obra sobrenatural y divina, que pone admiracion á los hombres, y da motivo á los ángeles que le alaben por haber criado tal hombre; don suyo es, reconocédselo, y dadle por todo alabanzas perseverando en la virtud. Yo haré lo que me pedís y vuelvo por acá un dia de la semana que viene, que yo confio en el Señor, que os ha de hacer mucho bien y merced. Cuando aquesto me decia, me daba lanzadas en el corazon, porque considerada su mucha santidad y sencillez con mi gran malicia y bellaquería, pues con tan mal medio lo queria hacer instrumento de mis hurtos, rebentáronme las lágrimas, creyó el buen santo que por Dios las derramaba, y tambien como yo se puso tierno. Esto

se quedó así hasta el domingo, que fué dia de Todos los Santos, y cuando fué á predicar gastó la mayor parte de su sermon en mi negocio, encareciendo aquel acto, por haber sucedido en un sugeto de tanta necesidad; exagerólo tanto, que movió á compasion á cuantos se hallaron para hacerme bien. Así le acudieron con sus limosnas que me las diese. Luego lunes por la mañana mi madre acudió á la portería, preguntó por aquel padre, diciendo tener con él un caso importantísimo, y como la vió el portero tan angustiada se lo llamó al momento. Cuando se vió con él, asióle de las manos y de los hábitos, echándose de rodillas por el suelo hasta querer besarle los piés, y díjole que la bolsa era suya, que por un solo Dios se la diese; dióle las señas de todo como quien bien las tenia estudiadas, y el fraile se la entregó conociendo ser verdaderas. Cuando mi madre la vió en sus manos, abrióla, y sacando un doblon de los tres que dentro tenia, se lo dió al padre que me lo diese de hallazgo, y cuatro reales para dos misas á las ánimas de purgatorio, á quien dijo que la tenia encomendada. Cobró con esto su bolsa, y llevómela luego á la posada sin faltar ni un alfiler de toda ella; que aun con cuidado le metí dentro un papelillo de ellos, porque pareciese todo ser cosa de mujer. Despues de pasado esto, de allí á dos dias, miércoles por la tarde, fuí á visitar á mi fraile, que ya me tenia un cofre lleno de vestidos, que pudiera bien romper diez años, y dineros que gastar por algunos dias; diómelo con alegre rostro, y mandóme que volviese otro dia, que tenia una buena comodidad que darme. Fuíme, y volví cuando me habia dicho, y despues de preguntarme si sabia escribir, y que lo enteré de mi habilidad, me dijo que cierta señora, que tenia su marido en las Indias, buscaba una persona tal, que le administrase su hacienda en la ciudad y en el campo, que si era cosa de mi gusto le avisase, para que tratase de ello. Yo, luego despues de darle las gracias, dije: Padre mio, lo que toca al trabajo de mi persona, la solicitud y fidelidad que se debe, solo eso podré ofrecer, empero no soy de esta tierra, ni tengo quien me conozca; si esa señora me ha de fiar su hacienda, querrá juntamente quien á mí me fie, y no lo tengo; solo este inconveniente hallo, vea vuestra paternidad ahora lo que fuere servido que haga. Él respondió que seria mi fiador, y por aquello no lo dejase; aceptélo de buena voluntad, viendo ir por aquel camino mi negocio bien guiado, que no hay cosa tan fácil para engañar á un justo, como santidad fingida en un malo.

CAPÍTULO VII.

Despues de haber entrado Guzman de Alfarache, á servir á una señora, la roba; préndenlo, y condénanlo á las galeras para toda su vida.

Tanta es la fuerza de la costumbre, así en el rigor de los trabajos, como en las mayores felicidades, que siendo en aquellos importantísimo alivio para en algo facilitarlos, es en los bienes el mayor daño, porque hacen mas duro de sufrir el sentimiento de ellos cuando faltan. Quita y pone leyes, fortaleciendo las unas y rompiendo las otras; prohibe y establece como poderoso príncipe, y consecutivamente á la parte que se inclina; lleva tras de sí el edificio, tanto en el seguir los vicios, cuanto en ejercitar las virtudes. En tal manera, que si á la bondad se aplica, corre peligro de poderse perder fácilmente, y juntándose á lo malo, con grandísima dificultad se arranca. No hay fuerzas que la venzan, y tiene poder sobre todo caso. Algunos la llamaron segunda naturaleza; empero por experiencia nos muestra que aun tiene mayor poder, pues la corrompe y destruye con grandísima necesidad. Si amargo apetece, con tal artificio lo conserva y endulza, que como si tal no fuese lo vuelve suave, y acompañada con la verdad, es el monarca mas poderoso, y su fortaleza inexpugnable. ¿Quién sino ella hace al pobre pastor asistir en los desiertos campos, en la hondura de los valles, en las cumbres de los empinados montes y sierras, contra las inclemencias del riguroso invierno, sufriendo tempestades, continuas lluvias, vientos y aires? ¿y en el verano riguroso sol que tuesta los árboles, abrasa las piedras, y derrite los metales? Y siendo su fuerza tanta, que hace domesticarse las fieras mas fieras y ponzoñosas, refrenando sus furias y mitigando sus venenos, el tiempo la gasta, con él se labra, y solo á él se sujeta, porque para con él son sus telas de araña hechas contra un elefante, que si ella es poderosa, él es prudente y sabio, y como el ingenio suele sobrepujar á todas humanas fuerzas, así el tiempo á la costumbre. Sigue la noche al dia, la luz á las tinieblas, al cuerpo la sombra, tienen perpetua guerra el fuego con el aire, la tierra con el agua, y todos entre sí los elementos. El sol engendra el oro, da ser y vivifica; de esta manera el tiempo sigue, persigue y fortalece á la costumbre. Hace y deshace, obrando sábiamente con silencio, segun y por el órden mismo que acostumbra ella con las continuas gotas cavar las duras piedras. Es la costumbre ajena, y el tiempo nuestro; él es quien le